

Enzo Traverso, *La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX*, Buenos Aires, FCE, 2012

YURISAN BERENICE BOLAÑOS RUIZ
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

En *La historia como campo de batalla*, el historiador italiano Enzo Traverso nos brinda un ejercicio de lucidez útil para, como reza el subtítulo, *Interpretar las violencias del siglo XX*. El espíritu del texto es mostrar al lector los debates que en el interior de la historiografía ha suscitado el estudio de las violencias, así como comprender los usos, los alcances y los límites de tales discusiones. El autor se da a la tarea de encontrar en estos debates los signos del siglo XX y las violencias que engendró. Para Traverso, el mundo contemporáneo se encuentra atrapado entre el desencanto del fracaso de las utopías revolucionarias y el retorno (en ocasiones obsesivo) a la memoria. El siglo XXI —señala— comenzó en 1989 con la caída del muro de Berlín, nació del fracaso del espíritu revolucionario y del fin de las utopías como marco político, este origen desesperanzador ha marcado las tendencias historiográficas de los últimos años. *La historia como campo de batalla* representa un esfuerzo por echar luz sobre este ánimo ensombrecido y abonar en la clarificación y la interpretación de la historia como parte de un proceso que permita la construcción de una ciudadanía con conciencia histórica, es decir, capaz de reconocerse en un pasado compartido.

El análisis de Traverso se basa en cuatro premisas metodológicas: 1) la contextualización, es decir, enmarcar en su época los acontecimientos estudiados; 2) el historicismo, consistente en abordar los hechos con una mirada diacrónica; 3) el comparatismo, atender la globalidad de nuestro

tiempo nos lleva a comparar los acontecimientos para comprenderlos mejor, y 4) la conceptualización, hacer coexistir conceptos y relatos con la seguridad de que la realidad jamás corresponde del todo con la conceptualización que de ella extraemos. Las premisas anteriormente citadas son presentadas en la parte introductoria del libro y nos permiten, no sólo comprender el ánimo con el que fue escrito el texto, sino que nos aportan claves para su lectura. Otra clave importante para la comprensión del texto es la presencia, a veces fantasmal y a veces viva, del filósofo alemán Walter Benjamin en todo el libro; ya desde las primeras páginas Traverso reconoce su influencia y ésta se mantiene a lo largo de las más de 300 páginas que componen el texto. Benjamin aparece como un interlocutor permanente que le permite al autor conservar una visión crítica de la historia; marcada por el sentido de discontinuidad y asentada sobre el signo de la catástrofe. Traverso no busca abonar a la tradición del historicismo clásico que ha escrito una historia desde la visión de los vencedores, el suyo es, por el contrario, el intento benjaminiano por entrar en resonancia con la memoria de los vencidos. La “promesa de redención” en la escritura de la historia, que alguna vez exigió Benjamin, es retomada por Traverso como el faro que guió en un primer momento la redacción del texto y que en un segundo momento debe guiar su lectura.

Traverso cierra la introducción con la observación de una carga negativa que debe atravesar las narrativas históricas actuales: la conciencia de nuestra época se erige bajo la marca de *Auschwitz* y del *gulag*, estos dos referentes junto con la caída de las utopías que marcó el nacimiento del siglo XXI han dejado en el ambiente historiográfico un terrible malestar; el objetivo del libro es, en palabras del autor, “tratar de volver fructífero tal malestar”.

La presente reseña no sigue el orden consecutivo de los capítulos, esto obedece a la estructura que el mismo Traverso ha dado a esta obra, en donde los temas tienen múltiples conexiones a lo largo de la lectura que no siguen necesariamente un orden progresivo. El texto está organizado en ocho capítulos que se complementan y se unifican alrededor de tres

ideas centrales: *historia global*, *acontecimiento* y *memoria*. Parece entonces más acertado seguir el hilo de estas tres ideas para comprender el texto.

El nacimiento de una *historia global* surgida de la creación planetaria de redes temporales, espaciales, intelectuales, económicas y políticas, nos permite estudiar el papel de la migración, los exilios y las diásporas, tema tratado por Traverso en el capítulo VII. En las transformaciones históricas del siglo XX, el análisis de estos procesos ayuda a tomar distancia de las visiones eurocéntricas y comenzar a mirar el lugar que la periferia ha ocupado en nuestra construcción de la historia. En el apartado dedicado a la relación exilio y violencia (Cap. VII), el autor analiza los cambios en la escritura de la historia que los movimientos migratorios han traído consigo. El exilio, por ejemplo, será tratado en su implicación epistemológica como lugar privilegiado para el trabajo intelectual; el exiliado ha transformado su mirada generando una nueva postura metodológica, teórica y política. Los intelectuales exiliados, entre los que destacan Hannah Arendt, Victor Serge, Theodor W. Adorno, Max Horkheimer, Günter Anders, posibilitaron la conformación de una visión no patriótica. Traverso reconoce en ellos una mirada marginal que los ubica del lado de los vencidos (nuevamente las evocaciones a Benjamín se hacen presentes), sujetos de una constante tensión entre lo heredado, lo recién adquirido y su condición de *outsiders*, son descritos por el autor como poseedores de una mirada excepcional, esta “epistemología del exilio” engarza con la *teoría viajera*, concepto retomado de Edward Said que sirve a Traverso para bosquejar una suerte de hermenéutica de la distancia en donde los intelectuales exiliados, al poseer una mirada distante y libre de prejuicios, son favorecidos con el don de la lucidez, pudiendo así ser de los primeros en denunciar las violencias que aquejaron al mundo del siglo XX.

La segunda idea central del libro gira en torno al concepto de *acontecimiento*, la idea de una *historia global* y la existencia de conflictos de escala planetaria hicieron necesario reavivar el *acontecimiento* para contrarrestar la causalidad determinista historiográfica. La recuperación de dicho concepto sirvió también para cuestionar a los historiadores sobre

la posibilidad de articular diferentes temporalidades en donde los acontecimientos conserven su autonomía y singularidad, a la vez que puedan ser inscritos en los “tiempos largos” de la historia. Siguiendo esta línea, Traverso analiza en los capítulos IV y V el nazismo, aunque el tema del holocausto flota en la atmósfera de toda la obra, es en estos capítulos donde el autor se da a la tarea de estudiar los abordajes históricos del periodo nazi. En el cuarto capítulo, Traverso utiliza el debate entre los historiadores Martin Broszat y Saul Friedländer para mostrar dos maneras de historizar el nazismo; el primero lo abordaba desde la sociedad alemana de la que él mismo era integrante y el segundo desde el punto de vista de las víctimas. Broszat formaba parte de eso que Tony Judt en su libro *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945* (Taurus, 2011) describe como la construcción de una historia del holocausto sin judíos, es decir, para Broszat la cuestión del exterminio judío no debía tomar centralidad en el estudio del fenómeno nazi, se trataba de elaborar una historización del nacionalsocialismo en una relación de continuidad con toda la historia alemana y para lograrlo era necesario sortear el obstáculo epistemológico de la memoria, concepto que a ojos de Broszat carecía de estatuto científico. En respuesta, Friedländer ve la integración del nazismo en la continuidad del pasado alemán el riesgo de una relativización de la dimensión criminal del nazismo. Broszat, como en su momento lo hizo Ernst Nolte, parecía buscar el alivio de la conciencia histórica alemana pero su búsqueda resultaba vana pues chocaba inevitablemente con Auschwitz, para Friedländer el holocausto judío fijaba los límites de todo procedimiento de historización; el recuerdo de las víctimas se situaba en el horizonte epistemológico del historiador. El debate anteriormente descrito resume, para Traverso, las dos posturas que los estudios historiográficos del nazismo habrán de reproducir en décadas posteriores: los historiadores de archivo que centran su atención en el análisis del Estado nazi y los que reconstruyen el pasado desde la memoria de las víctimas. El autor deja para trabajos posteriores el problema de la vinculación de la historia de la *Shoa* con la *historia global* de

Alemania, es decir, la conciliación de la unicidad del holocausto con la historia del nazismo y de Europa. El intento por superar este antagonismo ha sido una constante en la obra de Traverso, particularmente en *La violencia nazi. Una genealogía europea* (FCE, 2002).

El quinto capítulo aborda la validez del estudio de la *Shoah* desde una perspectiva comparativa, es decir, en confrontación con otros genocidios. Nuevamente el autor hace uso de un debate historiográfico para desarrollar la cuestión. Pueden identificarse dos formas de concebir el holocausto, una que insiste en remarcar la singularidad del acontecimiento y otra que lo historiza como fenómeno europeo, es decir, desde una perspectiva de tipo comparativo. Entre estas dos posturas se han acuñado o desarrollado una serie de conceptos teóricos: genocidio, antisemitismo, racismo, totalitarismo. Los alcances y limitaciones metodológicas de estas nociones son revisados ampliamente por Traverso, para quien el estudio de la Shoah condensa varias de ellas. Privilegiar sólo un abordaje no abona a la comprensión del fenómeno en tanto deja fuera a las otras categorías analíticas. La postura de Traverso frente al debate, respecto a cómo interpretar el holocausto –sí como un acontecimiento único o inserto en una sucesión de masacres al interior de la civilización occidental– es más bien conciliadora, apuesta por una lectura en donde el acontecimiento conserve su unicidad a la vez que concentre una serie de elementos ya presentes en la historia europea. El carácter paradigmático del holocausto se debe precisamente a que sintetiza varios puntos nodales de las violencias modernas: colonialización, depuración étnica, violencia totalitaria, racionalidad moderna y exterminio.

El capítulo VI abona al debate anterior recuperando la voz de Michel Foucault y Giorgio Agamben. Para descifrar las violencias del siglo XX era necesario plantear una modificación respecto al tema del poder y su ejercicio; una concepción clásica del poder carecía de sustento para explicar los fenómenos contemporáneos, Foucault propone el término de biopoder para dar cuenta de estas transformaciones que dieron origen a una nueva forma de poder cuya característica primordial es que carece

de centralidad, es decir, ya no es el Estado su fuente sino que se ha vuelto capilar y omnipresente, invisible e imperceptible. El italiano Agamben retoma a Foucault de una manera más radical y, a ojos de Traverso, no muy atinada en tanto usa el campo de concentración como paradigma del biopoder pero le quita a este concepto su carácter histórico, es decir, el *Lager* se vuelve en el pensamiento de Agamben un comodín aplicable a toda la historia política de Occidente. Para Traverso, el error de Agamben es no seguir el camino abierto por Foucault respecto al biopoder como rasgo constitutivo de la modernidad, sino pretender hacer de él la esencia misma de la política.

Los capítulos II y III retoman el estudio de dos fenómenos que se conectan con el tema del totalitarismo: revolución y fascismo. Siguiendo la lógica del texto que se basa en utilizar debates dentro del campo historiográfico para desde ahí asumir una postura personal, Traverso dedica el segundo capítulo a analizar las ideas de Françoise Furet y Arno J. Mayer. El primero, historiador liberal francés, defiende una postura conservadora en donde el terror es definido como esencia de la experiencia revolucionaria, se abre aquí una tendencia que liga los crímenes nazis con el bolcheviquismo, los primeros serían una inevitable reacción ante la violencia desplegada por la Revolución rusa, la matriz de estudio para tal fenómeno sería la ideología y su explicación se encontraría en el análisis de categorías tales como el fanatismo, las pasiones, la psicosis, entre otras. Como antípoda se encuentra Mayer, historiador de Princeton, que propone una revisión de las revoluciones como acontecimientos que irrumpen y cuya complejidad es irreductible a un estudio meramente ideológico. Para historizar las revoluciones, concluye Traverso, es necesario desmitificarlas, o más bien, analizar los mitos que dieron forma a las revoluciones del siglo pasado, aunque la historia se balancea entre estos dos extremos, a la distancia, es necesario que reconozcamos no solamente los peligros de una posición en la que la Revolución se volvió el gran mito, sino también las fuerzas liberadoras que la experiencia revolucionaria desplegó. Traverso no niega, en este punto, los sutiles

hilos que lo unen con su anterior militancia marxista. Las polémicas continúan en el capítulo tercero, tejidas alrededor de la interpretación del fascismo y tienen como principales contendientes a George L. Mosse, Emilo Gentile y Zeev Sternhell. Los tres historiadores convergen en definir al fascismo como una “revolución de derecha”, es decir, a la vez antiliberal y antimarxista cuyo motor residía en las clases medias, sin embargo, cada uno añade al estudio una óptica diferente. Mosse y Gentile adoptan una perspectiva sociocultural, los aspectos culturales, estéticos y simbólicos son los que guían su comprensión del asunto. Sternhell opta por acercarse al fenómeno desde la historia de las ideas, captando el núcleo del fascismo una anti-Ilustración, es decir, un rechazo total a la visión ilustrada del hombre y la sociedad. Para Traverso la discusión no está zanjada, la interpretación del fascismo sigue siendo debatible desde cualquiera de las tres perspectivas historiográficas planteadas y la postura defendida por cada uno de los historiadores mencionados presenta problemas de parcialidad.

La tercera idea central que condensa el contenido del libro y que sirve de cierre al mismo es el tema de la *memoria*, su surgimiento y su cruce con la historia representan otra parte del panorama historiográfico en el que se estudian las violencias. El fin del siglo XX, afirma Traverso, estuvo marcado por la transformación de la *memoria* en el paradigma de los análisis históricos, dicha transformación debe su origen al fin de las utopías y al sentimiento nostálgico que este final trajo. El futuro dejó de ser portador de una esperanza gracias a tres grandes fenómenos: 1) el fracaso de las revoluciones; 2) la caída del socialismo real y 3) el fin de la memoria obrera. Revolución, socialismo y alma obrera fueron los tres grandes conceptos que aglutinaron y acompañaron los combates y las revueltas del siglo pasado y que el nuevo siglo destruyó de un hachazo. Desprovisto de una perspectiva utópica, el siglo XXI tuvo que volver la mirada atrás en búsqueda de referentes y encontró ahí, en el pasado, el consuelo de la memoria. La *memoria* europea se bosqueja hoy no sólo bajo el eclipse de las utopías sino también desde la recuperación de la voz de las *víctimas*. La figura de la

víctima, anteriormente negada por el cientificismo historiográfico, domina ahora nuestras visiones de la historia. El llamado de Traverso a recuperar la mirada de los vencidos lo acerca no sólo a Benjamin, sino también al historiador Eric Hobsbawm, a quien dedica el primer capítulo del libro. En éste se hacen evidentes las tensiones presentes en la obra de Hobsbawm, por ejemplo la visión “occidentalocéntrica” que lo lleva a proponer la idea de un “largo siglo XIX” (que iría de la Revolución estadounidense a la Primera Guerra Mundial). Traverso crítica la tendencia de este historiador a realizar grandes síntesis históricas en donde las clases subalternas se diluyen en la masa. A pesar de estos errores, Traverso rescata de Hobsbawm la inquietud por restituir la voz de los de abajo, tarea de suma importancia para todo historiador que no se conforme con lamerse las heridas que el siglo pasado dejó sino que sea capaz de escuchar en los lamentos de las víctimas una posibilidad, una pequeña esperanza. “A la memoria de los sin nombre se aboca justamente la construcción de la historia”, esta bella frase de Benjamin es la elegida por Traverso para concluir y encierra en ella el principio epistemológico que habrá de guiar a los escritores de la historia: ruinas, víctimas y melancolía, he ahí el panorama del nuevo siglo, queda por ver qué son capaces de hacer los historiadores con estos tres elementos, Traverso ha iniciado ya la tarea.

